

Por Una Sociología Empírica, Ecléctica y Comprometida¹

*Roberto Briceño-León**

Resumen

El propósito de este artículo, como bien lo expresa el autor, es postular una manera de trabajar que le dé continuidad a las ideas interesantes para construir una sociología que nos permita avanzar en el conocimiento de lo social de una manera científica y que no por ello deje de lado las demandas que le hace la sociedad. La Sociología ha de tener tres características en este siglo que se inicia: ha de ser empírica, ecléctica y comprometida.

A partir de una revisión crítica sobre la crisis de la Sociología, el autor aborda ampliamente esas tres características desde una perspectiva distinta a la que se ha planteado durante largos años. El autor señala que ante el diletantismo debe oponerse una sociología empírica, entendida como la que estudie la sociedad; que la sociología ecléctica no se limite a utilizar con libertad de conciencia y de operación las teorías sociales existentes sino que incluya también la metodología de investigación y la manera de presentar

¹ Las investigaciones que han dado sustento a este artículo fueron financiadas por el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico (CDCH) de la UCV; el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (Conicít) y el Special Programme for Research and Training in Tropical Diseases (TDR), WHO/ UNDP/World Bank.

* Sociólogo, Dr. en Ciencias Sociales. Profesor titular de la Universidad Central de Venezuela. Director del Laboratorio de Ciencias Sociales (LACSO). Apartado 47795 Caracas 1040-A, Venezuela. Telfs: (02) 6619752, Telefax: (58-2) 6931765 - 6611094, E-mail: lacso@reacciun.ve

los resultados; la Sociología debe ser científica y comprometida, debe contribuir a encontrar el camino de salida de los problemas, debe responder las demandas de la sociedad. Como bien, propone el autor un programa para la sociología, en el sentido de Luhmann (1991), que integre teoría, método y sentido de la realidad, por una Sociología como ciencia empírica, ecléctica y comprometida.

Términos Claves: Crisis, Sociología, ciencia, empírica, ecléctica, comprometida

Abstract

Toward an Empirical, Eclectic and Committed Sociology

A method of working by which pertinent concepts may be applied socially and scientifically.

From a critical standpoint in respect to paradigm changes in sociology it is shown how the dilettante approach defeats the empirical, and how the eclectic is not a license for impractical and non-specific application. The demands of the discipline are emphasized, i.e., serious commitment to social exigency. A proposition following Luhmann (1991) which integrates theory, method and common sense is elaborated.

Key Words: Crisis, Sociology, Science, empirical, eclectic, committed

“Yo no quiero sociólogos en mi equipo”, fue la simple y contundente respuesta del médico encargado del programa. Estábamos en Ginebra, en una reunión sobre el programa de control de una terrible enfermedad parasitaria que afecta a miles de personas en Africa Central, al sur del Sahara. Me había atrevido a sugerir un sociólogo para apoyarlos en la dura tarea de llevar un medicamento a las poblaciones donde era endémica la enfermedad, y la respuesta me dejó sin habla. La droga era regalada por la industria, pero lograr que llegara a quienes la necesitaban era y es una tarea titánica. Tampoco en Venezuela lo hemos logrado. El lugar y las corbatas no permitían imaginar que quien hacía la sugerencia era también un sociólogo, a decir verdad creo que era el único sociólogo en ese salón. Luego, me enteré de que había tenido una muy desatinada experiencia con un colega formado en Francia, cuyos lenguaje y manera abstracta y distante de abordar las urgencias de la acción habían exasperado al jefe del programa. Años después y casi por azar conocí al personaje, era muy amable, hablaba un francés correcto y sobrio y llevaba el espíritu co-

lonial por dentro. Debo reconocer, con pesar, que al cabo de un tiempo terminé por darle la razón al jefe del programa: yo tampoco lo hubiera querido en mi equipo.

La Crisis de la Sociología

La sociología ha tenido un gran éxito en la opinión general de la población, pero poco en las contribuciones específicas del oficio. En la actualidad es un recurso aceptable y hasta elegante en cualquier discurso de político o de capitán de empresa hablar de los "factores sociológicos" que influyen en tal o cual problema o política. Y frente a casi cualquier asunto de la vida pública, se presume que debe tener alguna injerencia la sociología. Así lo dicta la conciencia de nuestro tiempo. Sin embargo, esta misma conciencia no se traduce necesariamente en puestos de trabajo para sociólogos, ni en contribuciones específicas de los sociólogos. El éxito está en la conciencia general, en lo que Giner considera una incierta victoria:

La sociología no ha conseguido establecer grandes leyes sociales, ni manifiestas regularidades históricas, ni ecuaciones que expliquen satisfactoria y plenamente procesos sociales complejos, ni predicciones muy precisas de lo que vaya a ocurrir. [Pero] se ha ido extendiendo una inteligencia sociológica del universo humano... el modo sociológico de inteligir... ha impregnado, imbuido y, como mínimo, teñido de su propia perspectiva, lenguaje y discurso, a la mayor parte de las facetas de la cultura contemporánea (Giner, 1991:236-237).

Pero, este éxito en el público general no se compadece con las respuestas cognitivas específicas, y quizá por eso pensadores importantes como Isaiah Berlin se atreven a denigrar de la sociología. La historia no es sin duda una ciencia; la sociología que pretende serlo, es un fraude (Berlin, 1953:64).

Este malestar se ha hecho presente cada cierto tiempo. Hace ya más de veinte años, algunos autores como Raymond Boudon o Alain Touraine hablaban de la "crisis de la sociología". Sin embargo las razones del descontento son muy variadas, para Boudon se relaciona con las crisis de las sociedades mismas y siguiendo a Gurvich considera que es un movimiento normal en la sociología que acompaña los estertores de la sociedad.

No ha habido crisis o cambio social importante que no haya tenido, en el pasado, sus repercusiones en la sociología, de manera que es imposible reconstruir la historia de esta disciplina sin ponerla en

relación con la historia de las sociedades en las que se inserta (Boudon, 1971:9).

Para Touraine en aquel momento la situación era otra, se relacionaba con la sociedad francesa, que en su opinión estaba dejando de ser una "sociedad", para convertirse en algo que "carece de toda idea acerca de los problemas que suscita el trabajo, la educación o la urbanización; o que se oculta a sí mismo la situación en que se encuentran los trabajadores inmigrados, los ancianos, los enfermos mentales, los alcohólicos" (Touraine, 1974:20) Pero también con la crisis que provocó el golpe de estado en Chile, donde la dictadura militar cerró las escuelas de sociología y los centros de investigación de importante tradición. Sin embargo, la "fragilidad" de la sociología iba más lejos.

No se hablaría desde hace tanto tiempo y con tanta inquietud de crisis de la sociología si, más allá de la situación social de la sociología no estuviera en causa su situación intelectual. Se trata de una crisis benéfica, puesto que en ella se halla en juego es el descubrimiento del objetivo real de la actividad sociológica (Touraine, 1974:21).

Algunos años más tarde su posición cambia, y en el libro *La Voix et le Regard* (1978) se plantea que las demandas políticas y los cambios de la sociedad obligan a ir "más allá de la sociología", y a sustituir al sociólogo como actor por los movimientos sociales y los actores políticos.

Sin embargo esta politización de la sociología es lo que para otros autores, como Irving L. Horowitz (1994), ha permitido su descomposición. En su opinión, cuando la ciencia de la sociedad se transformó en una ideología en lugar de ser un estudio de las ideologías, perdió su sentido y su fuerza, es decir, se descompuso su esencia. Pero adicionalmente también ocurrió un proceso en el cual se produjo una separación de la "sustancia en sus elementos" y se dio una diáspora de los sociólogos, los cuales, llevados por intereses específicos, se convirtieron en urbanistas, criminólogos, demógrafos, especialistas en desarrollo internacional, y abandonaron la sociología en sí misma como una práctica intelectual y científica unificadora.

La sociología es un residuo de lo que una vez fue. Su centro no consiste más en teorías de la sociedad pacientemente construidas a partir de la investigación empírica, en su lugar tenemos superficiales caricaturas de la sociedad... En lo que a la sociología se refiere, este siglo no termina con un estruendo, sino con un sollozo (Horowitz, 1994:17-18).

Quizá buena parte de este drama de la sociología se correspon-

de con la lucha, con la tensión que en el proceso de maduración de una práctica cognitiva y un oficio se produce entre la ciencia y el diletantismo. Aunque es cierto, como se lamenta Berger (1963), que hay pocos chistes sobre los sociólogos, los pocos que existen hacen referencia a alguien que dice de manera complicada lo que los demás saben de manera sencilla. Este hecho puede ser interpretado como un resultado de la notable cercanía que hay entre el saber común y el saber sociológico, lo cual es para Bourdieu el riesgo que obliga a una fuerte vigilancia epistemológica y a realizar construcciones en metalenguajes (Bourdieu, 1980:39). Pero sin duda hay mucho de simple diletantismo, de las simples habladurías sin rigor ni fundamento que, lamentablemente, han adornado la caricatura del oficio.

Este diletantismo fue llamado por un tiempo con un nombre más elegante y pudiéramos afirmar que igualmente apropiado de "sociología retórica", como lo refiere González Casanova (1969:176) a fines de los sesenta. Es una sociología que se queda en los juegos del lenguaje, que construye lo social a partir de puras palabras y con los pocos y dudosos fundamentos de la experiencia personal. Superar ese diletantismo ha sido el gran reto del trabajo sociológico propiamente dicho, fue en esa dirección que trabajó Max Weber y por lo cual le valió que lo consideraran antiintelectual, pero su esfuerzo consistía en procurar dar una respuesta científica al mundo real y lograr una "distinción entre ciencia y diletantismo, entre rigor y especulación" (Albrow, 1991:79).

El asunto es que la sociología ofrece un conjunto de sugerencias, de ideas muy interesantes, provocativas y provocadoras que llevan muy fácilmente al sociólogo a engolosinarse con la especulación. Pero la glotonería intelectual que producen los fogonazos brillantes que arroja la imaginación sociológica, pueden impedir proseguir un camino donde ese grupo de ideas iniciales lleguen a convertirse en una estrategia de investigación y luego en un producto científico acabado, en un conjunto de conjeturas sobre la sociedad. Al comienzo de su libro insignia, Robert K. Merton hace un generoso reconocimiento a Lazarfeld y dice:

...vigorizó en mí, con su ejemplo, la convicción de que la gran diferencia entre ciencia social y diletantismo social está en la prosecución sistemática y seria [resaltado en el original], es decir intelectualmente responsable y austera, de lo que primero se consideró una idea interesante (Merton, 1949:12).

El propósito de este artículo es postular una manera de trabajar que le dé continuidad a las ideas interesantes para construir una so-

ciología que nos permita avanzar en el conocimiento de lo social de una manera científica y que no por ello deje de lado las demandas que le hace la propia sociedad. Tres características nos parecen que ha de tener esa sociología en este siglo que se inicia: ha de ser empírica, ecléctica y comprometida.

La Sociología Empírica

Ante el diletantismo debe oponerse una sociología empírica. Una sociología empírica no es un llamado al empirismo, ni mucho menos a ese monstruo sin cabeza y medio desconocido que a menudo se invoca para asustar, como es el positivismo. Es una sociología que estudie la sociedad: los individuos, las instituciones, las ideas, los modos de creer, las pasiones, las necesidades, las ilusiones...

Buena parte de las dificultades que ha enfrentado la sociología consiste en que en el proceso por el cual se criticó al empirismo y a la sociología funcionalista norteamericana, se perdió la sociedad. Lo que uno echa de menos en muchos discursos sociológicos, no es la carencia de una lógica de razonamiento, sino la falta de sociedad. Por los artilugios de los debates y de las prenociones de moda, se construyó una sociología sin sociedad. En un primer momento y bajo influencia del estructuralismo marxista francés se perdió al sujeto, a los individuos, pues se trabajaba con la idea de una historia sin sujetos; y, luego, en el juego epistemológico de la sociología de la sociología, de tanto postular a la sociedad interiorizada en el sujeto cognoscente, se perdió a la sociedad misma. Pero no en el sentido que Touraine (1981) utiliza para decir que la sociedad dejó de existir, sino porque simplemente se abandonó la mirada sobre la realidad, sobre la sociedad, sus gentes, instituciones, sueños y pasiones. La sociología se dedicó a leer textos, a hacer hermenéutica de autoridades, a la especulación teórica y en algunos casos a la epistemología, pero se alejó de la realidad y se volvió una suerte de filosofía. Y pudiéramos parafrasear a Marx, quien decía que esa filosofía, esa sociología, tiene tanta relación con la realidad como lo tiene el onanismo con el amor sexual.

A la sociología debe devolverse la sociedad. El principio al cual estamos invocando es el elemental de las ciencias: Toda ciencia debe tener una base empírica, aunque la formación de la ciencia no ocurre por el dato, sino por la construcción de los problemas que el investigador realice en diálogo con las teorías. Este esfuerzo por la empiria implica un empeño por diferenciarse y distanciarse de la filosofía social.

La filosofía social ha sido el valioso camino recorrido por los ensayistas en la sociología latinoamericana, pero es un aporte que debe ser superado y convertido en ciencia: para ello requiere relacionarse con los datos del mundo observable de un modo distinto, que no tiene por qué dejar de ser intuitivo, pero que no puede quedarse en la intuición.

La sociedad existe como agrupación de individuos, como instituciones y como cultura, y esto puede ser estudiado. Es la autonomía de lo social, que hace que lo social sea un ente independiente de nuestras ideas y que puede ser sistemáticamente observado. Pero, además, los individuos actúan en ese contexto de situaciones, de instituciones y cultura, de un determinado modo que puede ser comprendido por otros, pues son acciones cargadas de sentido, sentido que puede ser leído y comprendido por un observador, por un estudioso. Weber bien decía que no se necesitaba ser el César para poder comprender al César (Weber, 1922: I, 6) y la sociología puede así pretender la comprensión de acciones humanas distantes y diferentes del propio sociólogo. Lo que no puede aceptarse, y esta es la crítica al diletantismo, es la creencia de que se puede conocer la sociedad sin estudiar la sociedad. Hace ya más de cincuenta años Merton lo decía de una manera muy contundente: Mas los teóricos sociológicos sienten la tentación de actuar en ocasiones como si para entender a César no fuera necesario ni siquiera estudiar a César (Merton, 1949:22).

Este esfuerzo por darle un lugar importante a la empiria en la construcción de las conjeturas sociológicas podemos considerarlo análoga a la propuesta que hace Prigogine (1996) de un "regreso al realismo". Realismo que es una realidad indeterminada, llena de azar y de incertidumbres, pero susceptible de ser observada, aun sin las regularidades que los deterministas pudieron desear para construir leyes, pero capaz de ser comprendida y atrapada con redes de conjeturas siempre transitorias.

Esta perspectiva de la sociología empírica tal y como la proponemos no puede ser catalogada de positivista, pues representa un tipo de abordaje diferente al usado por el positivismo tanto en filosofía como, fundamentalmente, en sociología. Tomemos por ejemplo la caracterización que hace A. Giddens en su libro *Positivism and Sociology* (1987) acerca de lo que significa el positivismo en la sociología:

Positivismo en sociología puede ser ampliamente representado como una creencia basada sobre la idea que los conceptos y métodos empleados en las ciencias naturales pueden ser aplicados para formar una 'ciencia del hombre' o una 'ciencia natural de la sociedad' (Giddens, 1987:3).

Desde esta visión Giddens sostiene que la actitud positivista en sociología comprende tres suposiciones. Primero, que los procedimientos metodológicos de las ciencias naturales pueden ser directamente adaptados a la sociología, y según esto ni la subjetividad humana, ni la voluntad hacen ninguna diferencia en el tratamiento que ha de dárseles a los hechos sociales como objetos, de igual modo a como los trata las ciencias naturales. En segundo lugar, que los productos resultados de las investigaciones sociológicas pueden ser formulados igual que en las ciencias naturales, es decir, como "leyes" que permitan generalizaciones de este tipo. Y, finalmente, que la sociología tiene un carácter técnico, que ofrece un conocimiento puramente instrumental y que por lo tanto no tiene implicación alguna para la formulación de políticas o la afirmación de valores.

Lo particular es que esta visión positivista no es ni siquiera aceptada en gran parte de las ciencias naturales en la actualidad. La batalla de la filosofía de la ciencia contra el determinismo en áreas como la física, ha conllevado una manera muy diferente de entender la actividad científica. Mal pudiera pretender la sociología transitar por esos derroteros ya abandonados por la ciencia dura que debía servir como modelo.

La ciencia trabaja sobre lo observable, porque es lo único cognoscible. Por supuesto que uno nunca observa la realidad desnuda de objetos físicos o sociales, siempre ve realidades construidas a través de las teorías con las cuales trabaja, por eso algunos veían sistemas de funciones donde otros miraban modos de producción. Y es por eso mismo que el dato estadístico o la observación cualitativa no son sociología, se vuelven sociología cuando se colocan en una perspectiva teórica y se produce una reconstrucción de lo social. Pero no por eso se debe despreciar el número o la descripción, uno puede —y quizá siempre debe— revisar críticamente la manera como fue construida la cifra o la observación, pero no puede obviarlos.

Por mucho tiempo se criticó las encuestas diciendo que sólo captaban lo superficial, la conciencia de los individuos, y que no permitía entrar en lo "profundo" del pensamiento humano, que para algunos estaría en el inconsciente. Se partía de una real limitación de la técnica para descalificar la recolección de datos, utilizando para ello los conceptos de Freud, en particular los utilizados en la primera tópica de consciente e inconsciente, aunque quizá el peso mayor de la idea freudiana pudiera estar en la famosa boutade de Lacan, quien al transformar la máxima cartesiana del cogito ergo sum en la opuesta expresión psicoanalítica del "pienso donde no soy, luego soy donde no pien-

so" (Lacan, 1966:202) abrió una brecha importante en el pensamiento contemporáneo. Pero el psicoanálisis llega a donde 'no se es', a partir de lo que es observable para el analista: La repetición en la vida cotidiana y la transferencia durante el tratamiento.

El médico revela al enfermo resistencias que él mismo desconoce y una vez vencidas éstas, el sujeto relata sin esfuerzo algunas y relaciones olvidadas... El analizado no recuerda nada de lo olvidado o reprimido, sino que lo vive de nuevo. No lo reproduce como recuerdo, sino como acto; lo repite sin saber que lo repite... la transferencia no es por sí misma mas que una repetición, y la repetición, la transferencia del pretérito olvidado, pero no sólo sobre el médico sino sobre todos los demás sectores de la situación presente... Cuando la cura comienza bajo el patrocinio de una transferencia positiva no muy acentuada nos permite penetrar, al principio, profundamente en los recuerdos... (Freud, 1914:II,1683-1685).

Estas realidades huidizas que representa el comportamiento humano y la vida social obligan a formas de abordaje complejas, como las expresadas por Freud y Lacan, y a apuntalar el esfuerzo por ir más allá de lo que parece obvio o evidente, pero siempre debemos de hacerlo sobre lo observable.

Este es el fundamento sobre el cual se debe construir lo que Popper ha llamado la "base empírica" de toda ciencia. Sin embargo, esta base empírica no implica que las teorías o postulados deben estar verificados, sino que deben ser verificables o, para usar su terminología, falsables. La base empírica proporciona los fundamentos sobre los cuales pueden elaborarse las conjeturas, las teorías, y a la base empírica ha de recurrirse cuando se requiere la contrastación de las teorías aplicándolas, y analizando si resiste las pruebas, las refutaciones, que puedan oponérsele.

Pero esta base empírica no debe considerarse como la fuente completa de la verdad, ni tampoco ha de intentar dársele más importancia que la debida. No se requiere de más base empírica que la necesaria para poder sostener las conjeturas que se realizan. No debemos creer que por tener más datos, muestras más grandes o dedicar más tiempo a realizar más observaciones cualitativas, nuestra ciencia será mejor. En un primer momento el sentido común y el olfato profesional deben ser la medida de lo necesario, posteriormente serán las necesidades del contraste y de las exigencias de la refutación las que pautarán cuánto de base empírica se requiere. Lo que no debemos es repetir el afán perfeccionista e inútil de los geógrafos del reino, quienes, en el cuento de J.L. Borges sobre los rigores de la

ciencia, dibujaron un mapa del reino del tamaño de una ciudad, y, luego, para mejorarlo, del tamaño de una provincia; pero, como no se encontraban satisfechos, decidieron elaborar un mapa del reino del tamaño del reino... (Borges, 1960:II,225). Al fin y al cabo todo conocimiento es una reducción y los temores al reduccionismo son inútiles, pues todo saber requiere de una simplificación que es propia de la construcción del saber; los mapas nunca serán iguales a la morfología del terreno, ni las teorías sociales a la sociedad. Pero esta simplificación ha de tener teoría, base empírica y un sentido de utilidad que desafíe a la teoría. No es necesario que tenga más base empírica de la exigida para poder sostener el nivel de conjeturas que estamos proponiendo, Popper, lo escribe con una metáfora muy ilustrativa.

La base empírica de la ciencia objetiva pues, no tiene nada de 'absoluta'; la ciencia no está cimentada en una roca, por el contrario, podríamos decir que la atrevida estructura de sus teorías se eleva sobre un terreno pantanoso, es como un edificio levantado sobre pilotes. Estos se introducen desde arriba en la ciénaga, pero en modo alguno hasta alcanzar ningún basamento natural o 'dado'. Cuando interrumpimos nuestros intentos de introducirlos hasta un estrato más profundo, ello no se debe a que hayamos topado terreno firme: paramos simplemente porque nos basta que tengan firmeza suficiente para soportar la estructura, al menos por el momento (Popper, 1934:106).

Y no se precisa que tengan más firmeza pues, al fin y al cabo, la sociología comprende y reconstruye la realidad. El gran fundamento no se encuentra en los datos, sino en la capacidad del sociólogo de lograr comprender la racionalidad de la acción de los individuos que están actuando de acuerdo a cierta lógica de la situación. Esta racionalidad es más evidente cuando el actor se mueve de acuerdo a fines que pueden ser conscientes o no, pero que le dan un nexo con objetos y con otros actores. Y aun en los casos en los cuales la acción se realiza de acuerdo a valores o emociones, la sociología puede 'comprender' este tipo de comportamiento y los vínculos sociales que a partir de allí se crean pues están dotadas de sentido (Weber, 1913:175-178). La sociología puede entonces establecer regularidades que no son 'leyes', son construcciones, conjeturas, que hace el investigador y que se corresponden a una determinada realidad histórica, es decir, están empíricamente fundadas y por lo tanto individualizadas.

Pudiéramos decir que la sociología procura por un lado comprender los comportamientos de los individuos en sociedad y, por el otro, explicar las consecuencias intencionales e indeseadas que tie-

nen las acciones intencionales de los individuos y que producen efectos perversos en la sociedad (Popper, 1969; Boudon, 1979; Briceño-León, 1991). Y, para hacer ambas tareas, debe reconstruir la realidad, la sociedad. Un mecanismo clásico usado por Weber fue el de los tipos ideales, pero la totalidad de nuestras afirmaciones sobre la sociedad no son nunca 'descubrimientos', son elaboraciones que realizamos para poder atrapar lo real siempre elusivo. Por eso la sociología no produce retratos de la realidad, sin reconstrucciones de la sociedad. No son fotografías, en el sentido de lo que comúnmente se presume que son las fotografías, pues éstas tampoco son retratos simples. Las fotografías también son reconstrucciones de lo real a través de una mirada que incluye y excluye, y que recrea la realidad; por eso las fotografías de América Latina de National Geographic no son similares a las que nos presenta Sebastião Salgado en su hermoso libro *Outras Américas* (1999). De igual modo que la 'sociedad' de la dependencia no es idéntica a la que describe un país en vías de desarrollo.

Una Sociología Ecléctica

Por un tiempo el término ecléctico fue una mala palabra en sociología. Más que un concepto utilizado para designar un determinado manejo de las teorías o de los modos de proceder metodológico, fue un epíteto que se endilgaba a todos aquellos que pretendían salirse de los cánones de la ortodoxia. El eclecticismo en sociología, como lo fue un tiempo en la filosofía, era un mal comportamiento. Los buenos eran los puros, los ortodoxos, los que se acogían a una determinada fe religiosa, aunque ésta fuese atea como el marxismo. Todavía a fines de los años ochenta, estudiosos renombrados como Agustín Cuevas escribía lo siguiente:

Para acercarse a esta riqueza [del árbol de la vida] no bastan en el campo de la sociología por lo menos, ni la pura intuición ni la simple empiria. Nos agrada o no, es necesaria, una rigurosa formación teórica, la cual excluye el eclecticismo [subrayado en el original]. Sin la adopción de una perspectiva dominante no hay un marco de pensamiento sólido, coherente, que nos permita aprehender las coordinadas básicas de la realidad (Cuevas, 1988:397).

Este tipo de comportamiento 'coherente' generó muchas limitaciones y dejó mucha pobreza en el ambiente académico y en quienes se estaban formando. La pretensión de pureza teórica estaba relacionada con dos circunstancias. Por un lado, por un muy temprano cierre

de la diversidad metodológica y de la duda, por un deseo muy temprano y en nuestro parecer todavía inmaduro de lo que pudiera ser la construcción de un paradigma. Y, por el otro, con las luchas políticas que acompañaran estas definiciones teóricas, y que obligaban a una actitud militante y en consecuencia llena de certezas en un momento donde debía aun dominar la duda y la búsqueda.

Decimos que hubo un cierre temprano pues nos parece que desde fines del siglo pasado, el éxito de las ciencias naturales forzó a las ciencias sociales a intentar seguir el mismo camino positivista y determinista, y conminaban a la sociología a establecer un paradigma dominante cuando aún no estaban dadas las condiciones para ello. El nivel de desarrollo del conocimiento, no permitía —y no permite aún— considerar que hay un modo de interpretar lo social, una teoría compleja, que haya demostrado superioridad sobre todas las otras teorías en competencia. Superioridad demostrada tanto por una capacidad explicativa mayor, como por haber dado respuesta igualmente satisfactoria a los problemas esbozados por las otras teorías, subsumiéndolas, incorporándolas, en su propia capacidad explicativa superior. Aparte de la explicación histórica que uno pueda encontrar a este hecho, hay también una razón de tipo psicológico, y es el horror que provoca el vacío cognitivo, el cual obliga a llenarlo con los saberes que se tienen a disposición, pero que, además, por lo precario de la respuesta, se traduce en un comportamiento dogmático y pretencioso que intenta así ocultar, en la negación, las fragilidades de su origen.

Esto también ha acompañado las circunstancias políticas de este siglo y de cada región en particular. A fines del siglo pasado las ciencias sociales solamente existían en Francia, Gran Bretaña, las Alemanias, Italia y Estados Unidos, la gran mayoría de los libros sobre estas disciplinas fueron escritos en esos mismos países y se referían a cinco disciplinas: historia, sociología, ciencias políticas, economía y antropología (Wallerstein et al., 1996:16-17). Y cuando en este siglo, por razones coloniales de un lado o de búsqueda de identidad por el otro, se establecen en el resto del mundo, y en particular en América Latina, la confrontación política se había hecho más notoria con la revolución rusa, el fascismo y las luchas anticoloniales. Por eso la discusión entre las teorías de la sociedad, que siempre lo son de su estabilidad y de su cambio, nunca pudo ser realizada fuera de la lucha política que evocaba o escondía. Esta circunstancia hizo que las teorías fueran banderas políticas y no propuestas de interpretación, afirmaciones de verdad y no hipótesis a ser testadas, axiomas y no conjeturas a ser exploradas. Este carácter ideológico y militante llevó a

un empobrecimiento de la formación y discusión teórica, pues hubo universidades donde sólo se estudiaba una determinada corriente teórica, despachándose alegremente a las otras por reaccionarias, revolucionarias o como se les quisiera calificar. Y así uno solía encontrar sociólogos que podían tener muy buena formación marxista, pero nunca habían leído Weber; y, pocos pasos más allá, lo contrario.

Nuestro saber es precario y no tenemos un paradigma que pueda considerarse omniexplicativo. Lo que se ha considerado como posible paradigma universal no es más que una perspectiva parcial y, con el añadido, que también ha sido etnocéntrica, pues ha surgido de esos cinco países pero ha pretendido formularse como universal, nos la han vendido de ese modo y nosotros lo hemos comprado. J.M. Briceño Guerrero, en un tan pequeño como hermoso libro, hace una arenga demoledora con su Discurso salvaje contra occidente:

El hombre debe ascender de lo local a lo universal... Pero al acercarme y mirar lo universal con estos ojos míos que ha de tragarse la tierra, veo que no es sino lo occidental presentado como bueno y válido y obligatorio para todos los hombres. No ha habido cultura más etnocéntrica que occidente. Se universaliza a la fuerza; quiere confundir lo universal con lo universalizado y casi lo logra (Briceño Guerrero, 1980:99).

Esta perspectiva Samir Amir prefiere llamarla "eurocentrismo", y lo considera un culturalismo y un fenómeno específicamente moderno que incluye también a los Estados Unidos de América a pesar de estar geográficamente fuera de Europa. Este eurocentrismo no es una teoría social propiamente dicha, pero sí una deformación que la "mayoría de las ideologías y teorías sociales dominantes padecen" (Amin, 1989:9). Esta perspectiva eurocéntrica mal puede entonces ser la base de un paradigma universal (a pesar de que Amin la considera un paradigma), con validez, para las poblaciones pobres del resto del mundo. Lo notable es que este pensamiento logra imponerse y ser aceptado por una comunidad intelectual y científica que vive una realidad evidentemente distinta. Así se piensa en una América Latina que no es la que es, pero que para efectos del pensamiento dogmático y simplista es la que existe y debe existir, tal y como lo afirma Lander:

La asunción en bloque de los supuestos y prejuicios del pensamiento europeo del siglo pasado —el racismo científico, el patriarcado, la idea de progreso— reafirma el carácter colonial del discurso. El continente es pensado desde una sola voz, a partir de un solo sujeto: blanco, masculino, urbano, cosmopolita. El resto, la mayoría, es otro bárbaro, primitivo, negro, indio, que nada tiene que aportar al futuro

de estas sociedades. Habría que blanquearlos y occidentalizarlos, o exterminarlos (Lander, 1998:87).

La respuesta ecléctica que ha de dar la sociología desde América Latina tiene su fundamento en el propio mestizaje del continente, como realidad a la cual hay que explicar en su singularidad, y como postura política de incorporación de los excluidos.

El mestizaje de América es su eclecticismo, viene de todos lados e incorpora en un proceso difícil y doloroso lo propio y lo ajeno, y lo que de ajeno se ha vuelto ya propio para volver a conjugarlo con un nuevo ajeno. Es un proceso de imitación y resistencia que han descrito A. Quijano en Perú y J.M. Briceño Guerrero en Venezuela. Los dominados —dice Quijano— aprendieron primero a dar significado y sentidos nuevos a los símbolos e imágenes ajenos y después a transformarlos y subvertirlos por la inclusión de los suyos propios en cuanto imagen, rito o patrón expresivo de ajeno origen. No era posible, finalmente, practicar los patrones impuestos sin subvertirlos, ni apropiárselos sin reoriginalizarlos (Quijano, 1999:33). Y esto no sólo es así para los dioses y la cultura el altiplano peruanoboliviano, sino que también acontece con María Lionza y el Negro Felipe, o con la macumba brasileña, o con los santeros del Caribe, pero también con las ciudades, las artes populares. Y ese es el mismo camino que le corresponde a la sociología.

La sociología contemporánea ha pretendido dar respuesta a esta demanda bajo una categoría propuesta por el profesor nigeriano Akinsola Akinwowo bajo el nombre de 'indigenización' o también 'indigenous sociologies', que ha merecido dos números especiales de la revista *International Sociology*, uno en 1988 y otro en 1999. Desde este punto de vista la indigenización de las teorías sociológicas implica una perspectiva holística que tome en cuenta al hombre en sociedad como una realidad, física, emocional y de conciencia ambiental, proponiendo inclusive la necesidad de reconocer 'anima in nature' (Akinwowo, 1988:155-156). Se trata de ver la realidad intentando dar cuenta del significado específico: un 'babalao' en África, y también en su versión de América Latina, no es nunca un profeta, como lo ha entendido occidente; es algo diferente. Y el límite no es sólo de traducciones de idioma, sino del contexto cultural en el cual se produce la noción o el concepto. Por eso Akinwowo toma ejemplos de la tradición de poesía oral africana o de conceptos yoruba como el de *asuwada eniyan* (sociedad humana) para proponer una manera diferente y apropiada de entender la sociedad en la manera como la viven los individuos de esa cultura (Akinwowo, 1999:131).

Esta indigenización no es un proceso sencillo, y aunque ha adquirido relevancia en la discusión internacional de la sociología, no está exenta de riesgos o de suscitar temores. J. Abouhamad alerta contra el riesgo que tiene, pues el "temor al neocolonialismo intelectual puede confinarnos en el folklorismo insensato" (Abouhamad, 1976:6). Un temor similar manifiesta O. Albornoz, quien discute largamente el texto de Akinwowo de 1988. En su opinión, no hay tal cosa como una sociología del Tercer Mundo, pero reconoce que hacer sociología en esta parte de la tierra es algo muy distinto a los países desarrollados, y que sí se debe tener una perspectiva desde el Tercer Mundo. No obstante, abriga importantes temores que consideramos no deben soslayarse, pero ante los cuales tampoco debemos someternos.

La indigenización e inclusive nacionalización de la sociología y las ciencias sociales son posturas epistemológicas muy atractivas, pero las presiones por la internacionalización y globalización son demasiado grandes para ser ignoradas. Optar por eludir esas presiones regresando al provincialismo y parroquialismo sería condenar la sociología al olvido intelectual (Albornoz, 1992:27).

La indigenización es entonces una de las maneras de entender la sociología ecléctica que trata de incorporar los saberes nativos y colocarlos en relación, en polémica o cooperación, con las teorías sociales occidentales. Pero hay también otra manera de abordar el eclecticismo y es la utilización de varias teorías occidentales. Un ejemplo de esto lo encontramos en la posibilidad de unificar la perspectiva histórica del marxismo y la analítica del funcionalismo. Y esto puede hacerse desde una postura eminentemente teórica o como una implementación de los estudios empíricos.

En el primer tipo podemos destacar la propuesta hecha por J. Elster (1982) acerca de utilizar la teoría de los juegos para poder dar fundamentos microeconómicos al marxismo y a sus propósitos últimos de lucha de clases y cambio social. Elster rechaza el funcionalismo y considera que el nivel de generalidad en el cual se encuentra el marxismo no conduce sino a la especulación. En consecuencia se lanza a utilizar los argumentos de la teoría del actor racional para recrear el marxismo. Para hacerlo toma prestado los desarrollos analíticos de M. Olson (1965), quien tomando el dilema del prisionero, estudia las posibles estrategias de los obreros de los sindicatos ubicados ante el dilema de una 'estrategia egoísta' y una 'estrategia solidaria', y destaca el comportamiento de los 'free-riders', quienes saben que apoyando el sindicato o la huelga de palabra, pero quedándose

en casa viendo el partido de fútbol, tienen la mejor estrategia, pues no perderían nada y podrían ganar algo si la huelga triunfase. Estos argumentos, que han sido usados contra el marxismo, Elster los retoma y los incorpora en su propuesta que sostiene le permite analizar mejor la estructura social y el cambio social:

Para el marxismo la teoría de los juegos es una herramienta útil para entender los casos combinados de conflicto y cooperación: cooperación para producir tanto como sea posible, conflicto sobre la división del producto. La teoría de los juegos puede ayudar a comprender los mecanismos de solidaridad y lucha de clases, sin asumir que obreros y patrones tienen intereses comunes y necesidad de cooperación (Elster, 1982:478).

Como bien dice Giddens en sus comentarios al artículo de Elster y los demás que forman parte de ese número de *Theory and Society*, el autor difícilmente puede reclamar como un mérito propio algo de las teorías o de los ejemplos que utiliza en su trabajo, pero lo que sí es un mérito, por lo extraño, es "haberlos insertado a ellos dentro del tradicional terreno del marxismo (Giddens, 1982:532).

Una aproximación distinta es la que ha utilizado Bourdieu sobre la estratificación social en Francia o nosotros mismos en nuestra investigación sobre las clases sociales en Venezuela. No se trata aquí de disquisiciones teóricas, sino de una manera de resolver adecuadamente estudios empíricos. Para Bourdieu en su libro *La distinción* (1979), se trata de romper con las barreras entre dos tradiciones: la del etnólogo, acostumbrado a realizar clasificaciones de objetos, a hacer taxonomía de plantas o de enfermedades, y la del sociólogo de las clases sociales; de unir las clases con la clasificación. Al hacer esto, explica posteriormente el autor, "al traspasar la frontera que separa la etnología de la sociología, he llevado a la etnología a hacerse preguntas no se hace y lo mismo a la sociología" (Bourdieu, 1980:53). En el estudio de Bourdieu, como en el nuestro, se trataba además de acercar dos tipos de teorías sobre la sociedad que resultaban atractivas, la marxista y la de la estratificación social. Bourdieu lo resuelve tomando su concepto de *habitus* y aplicándolo a la idea del gusto que produce distinciones. En nuestro caso el proceso fue quitarle al concepto de trabajo el apellido de 'productivo' que le había colocado Marx para poder producir su teleología, y en consecuencia abandonar el concepto filosófico de trabajo que produce su contrario, para hacerlo una herramienta útil a la sociología. Estudiamos todas las formas laborales existentes en las unidades de trabajo de una zona para construir lo que denominamos "clase categoría", clases en tanto lugares

vacíos –Marx había dicho en el prólogo a *El Capital* que él no pintaba a los capitalistas o terratenientes de color de rosa, pues, advertía, “sólo nos referimos a las personas como personificación de categorías económicas. Como representantes de determinados intereses y relaciones de clase” (Marx, 1867:I,XV). Sin embargo, estas categorías debíamos llenarlas de contenido, y para hacer el puente entre la perspectiva marxista y la teoría de la estructura social tomamos los ingresos que se tienen y se gastan, es decir, los estilos vida. Estos estilos de vida que permitían la diferenciación entre las clases se fundaban en la posesión de objetos o hábitos que tienen prestigio, nos dice Weber (1977), pero por qué tienen prestigio. Esto no lo explica Weber. Decidimos entonces utilizar la noción del tercero excluido del psicoanálisis. Estos objetos o hábitos, afirmamos, tienen prestigio en unos porque otros no los tienen; porque hay otros que son excluidos y quedan como deseantes de ese objeto: Para que el estilo de vida tenga prestigio debe ser reconocible, deseable y excluyente. Con estos conceptos fue posible crear un mecanismo de clasificación de los datos empíricos acerca de cómo la gente vive cotidiana y realmente, es decir, dónde habita, cómo se transporta, qué come o lee, dónde va de vacaciones; y esos modos de vida que los agrupa y los diferencia nos permitieron construir las clases sociales (Briceño-León, 1992).

Esta sociología ecléctica no pretende de inicio crear una teoría social, sino utilizar con libertad de conciencia y de operación las teorías sociales existentes. Y para poder hacerlo se requiere de un rechazo de los dogmatismos y por eso P. González Casanova dice que escribió su libro *Sociología de la Explotación* para “quienes han adoptado el falso rigor empirista, tan estrechamente asociado a las ciencias sociales predominantes en Estados Unidos. También está escrito para quienes se quedan en los slogans y las palabreas pomposas del marxismo ortodoxo y dogmático, renunciando a las grandes tradiciones que el propio marxismo tiene de investigación científica de alto nivel” (González Casanova, 1969:3) En ese mismo tiempo también escribió que “La contribución del sociólogo latinoamericano no va a consistir en acuñar nuevos nombres, ni en engendrar definiciones vírgenes, sino en aplicarles los métodos y técnicas del siglo XX” (González Casanova, 1969:198). Treinta años más tarde, cuando junto con H.R. Sonntag lo invitamos a reflexionar nuevamente sobre la sociología latinoamericana. El autor muestra cómo esa aplicación había generado frutos aún mayores, pues el encuentro de los conceptos con los estudios académicos y con los movimientos sociales y étnicos de ‘nuestra América’, dio la oportunidad y obligó a la reestructuración de las

ideas que han servido para comprender mejor esta realidad. Dentro de esa línea su postura ecléctica ya no tiene ningún atisbo de duda:

El nuevo paradigma de las ciencias sociales habrá de subsumir el marxismo-leninismo y el estructural-funcionalismo, el postmodernismo radical y las "nuevas ciencias". Lo hará en torno a las memorias concretas de los pueblos, políticas e intelectuales, y mirando hacia un porvenir de democracia universal que devuelva a las palabras su sentido (González Casanova, 1999:148-149).

Esta perspectiva ecléctica no se limita solamente a la utilización de teorías, incluye también la metodología de investigación y la manera de presentar los resultados. No tenemos espacio aquí para argumentar ampliamente a este respecto, pero la postura ecléctica considera válido utilizar tanto la observación como la experimentación con las cuales trabaja el método científico. Así como del uso de las técnicas cualitativas o cuantitativas de recolección y análisis de datos. Se trata de utilizar las herramientas técnicas que se consideren más apropiadas para abordar el objeto de estudio, con el único límite de la coherencia que debe tener con el marco conceptual adoptado, el tipo de recorte que se ha hecho del problema y las conjeturas que de allí piensan derivarse. No creemos que la metodología deba convertirse en un ritual a celebrarse como un valor en sí mismo, hay mucha sociología—sobre todo en EEUU y en el sudeste de Asia— que de tanto énfasis en los procedimientos técnicos se ha olvidado de la sociedad. Son muy elaboradas y refinadas técnicamente, pero tanto desean cumplir con la perfección metodológica que se les disuelve, pasa a un segundo lugar, su objeto de estudio. La situación en América Latina pudiéramos decir es exactamente la inversa, hay muchas ideas, mucha teoría, un gran sentido de la sociedad, pero una gran precariedad técnica. A veces por carencias simples, por falta de entrenamiento y experiencia, otras por un desprecio inapropiado de la técnica. Si uno pudiera anatomizar esta situación, diríamos que en ambos lados hay gente muy valiosa, pero que en un caso tienen la cabeza muy grande, con muchas ideas, pero las manos muy pequeñas para hacer tareas de investigación. Y en el otro extremo, tendrían las manos muy grandes, mucha técnica; pero la cabeza muy pequeña, poca disposición para teorizar.

Por otra parte hay también un eclecticismo que apunta hacia la manera de presentar los resultados de la investigación, del trabajo sociológico. La sociología se ha escrito fundamentalmente utilizando el ensayo como manera de presentar los resultados. El ensayo es un estilo muy valioso; es, como decía Ortega y Gasset, la ciencia sin la prueba. Pero su excesiva utilización ha llevado a que no permita dife-

renciar muchas veces lo que es producto de un trabajo científico, de lo que es simplemente diletantismo o especulación. Por eso la ciencia ha desarrollado una manera de presentar los resultados que tiene su origen en las ciencias naturales y que ha sido estandarizado en una fórmula que procura combinar claridad, precisión y brevedad. El artículo científico debe expresar el propósito, lo que se pretendió hacer y cómo eso se ubica en la historia científica del asunto (introducción y antecedentes); decir luego sencillamente lo que se hizo (metodología); continuar con la presentación de los resultados que se obtuvieron (resultados); para finalizar explicando lo que opina el autor sobre sus resultados y cómo se comparan con lo que otros han hecho, obtenido u opinado sobre el mismo asunto (discusión y conclusiones). El esquema es muy útil, tanto para quien lo escribe como para quien lo lee, sin embargo no tiene la gracia, ni la elegancia, ni el valor heurístico de un buen ensayo. Debo confesar que por un tiempo tuve una opinión muy negativa de los ensayos en sociología: Me parecían mala ciencia y mala literatura; quizá eran simplemente malos ensayos. Sin embargo, el colega colombiano G. Cataño escribió un muy valioso estudio sobre el ensayo que me reconcilió con esta forma de presentación de los resultados del trabajo sociológico, pues es cierto que "por la vocación polémica que acompaña al ensayo y por el esfuerzo de originalidad que lo asiste, tiende a ubicarse en las fronteras del conocimiento, y como tal, en la manifestación misma de la avant-garde de la sociología" (Cataño, 1995:63). Y por esto hoy puedo abogar por una perspectiva ecléctica entre el ensayo y el artículo científico.

Una Sociología Comprometida

Lamentablemente uno no puede escribir o leer sociología como redactaría o disfrutaría un libro de viajes, con distancia y neutralidad. El trabajo sociológico es un viaje sin desplazamiento geográfico, un recorrido por la propia sociedad. P. Berger la califica, en el título de uno de sus ensayos de *Invitation to Sociology*, como un pasatiempo, pero termina concluyendo que es una pasión (Berger, 1963).

Las opiniones al respecto están sin embargo divididas. Hay quienes creen que la sociología debe ser una ciencia neutral, se dice que la sociología no es una práctica sino que su propósito es simplemente comprender, y que el sociólogo no es ni un trabajador social ni un reformador político. Y ésta ha sido la opinión de Weber y su postulado de la neutralidad axiológica, aunque para algunos estudiosos de su

vida y pensamiento, su neutralidad era más una manera de resistir las presiones del poder que una posición de principios. Pero, para otros autores, como Popper, es totalmente inaceptable la toma de posición en cualquier actividad de investigación.

La postura que ha tenido la sociología de América Latina ha sido otra: La de involucrarse en los procesos políticos; en algunos casos hasta no poder diferenciar cuándo se estaba haciendo sociología y cuándo era simplemente política militante (Briceño-León y Sonntag, 1998). Esta manera de abordar la sociología se ha difundido en el mundo, y las teorías de la dependencia o del colonialismo interno desarrolladas en los años sesenta en América Latina tuvieron gran impacto en la sociología de la India y de África, y eran además de conceptos un modo de entender la sociología como compromiso político (Sonntag, 1988). Esta sociología comprometida tiene también para otros un fundamento propiamente ético. S.-H. Lee, escribiendo sobre el este de Asia, dice que la sociología en esta región "siempre ha aspirado a ser una ciencia moral, en el sentido que debe develar los profundos problemas socio-estructurales de nuestras sociedades y formular las preguntas morales con el objetivo final de construir una sociedades moralmente sólidas" (Lee, 1998:15).

Pero el tema del compromiso puede tener diversas maneras de entenderlo, por un lado está una perspectiva ética, moral sobre la sociedad. Por el otro, el de la utilidad de los conocimientos que se adquieren, de su posible aplicación para la transformación de esa sociedad. La forma de asumir este compromiso ha sido muy variada, digamos que de manera simplificada podemos clasificarla en tres tipos.

a) En un extremo podemos encontrar quienes han considerado que el compromiso no excede las tareas científicas e investigativas que pretende dar cuenta de la singularidad de la sociedad y de sus carencias o injusticias. Es un compromiso que no está exento de lucha política, pero una lucha que se da exclusivamente en el nivel intelectual y teórico, desde las aulas de la universidad o los centros de investigación, con escritos y docencia. Se postula la construcción de un saber sociológico que debe apuntalar el cambio social, pero sin ser parte activa del proceso de éste. Esta tarea no ha sido de segunda importancia, ha representado un movimiento cultural de notable importancia, de contracultura muchas veces, de elaboración de saberes populares, reconstrucción de la memoria popular a través de la tradición oral, de diseño de organizaciones. En el contexto colonial, de la guerra fría o de gran desigualdad social, ha sido también una lucha intelectual y política que permite a la sociedad verse a sí misma.

b) En el otro extremo encontramos a quienes emprendieron la lucha política abierta. El caso más notable, el que quizá mayor impacto tuvo por su doble condición de sociólogo y sacerdote, fue el de Camilo Torres. Formado en Lovaina como sociólogo, se desempeñaba como docente universitario, asistía a congresos como el Latinoamericano de Sociología que se reunió en Caracas en 1961 bajo la presidencia de Rafael Caldera, y un día abandonó todo para unirse a la guerrilla. Su camino se formuló como modelo a seguir, hacer sociología era hacer política activa. La frase del evangelio que le sirvió de proclama "si vas a presentar la ofrenda en el altar y ves que tu enemigo tiene algo contra ti, ve y reconcíliate con tu hermano, y luego presentas la ofrenda", servía de modelo. No se trataba de la ofrenda en el altar, pero sí de cualquier otra actividad sociológica; tampoco era sólo de la guerrilla, sino de cualquier otro compromiso político popular. Pero había que hacer la revolución primero, y todo lo demás vendría después.

Esta postura extrema, que de alguna manera acababa con la sociología como práctica independiente, fue luego reformulada por O. Fals Borda con su propuesta de investigación-acción. Los objetivos políticos permanecían casi idénticos, pero a diferencia de la posición exclusivista de la política, no consideraba que se sabía todo sobre la sociedad, que lo que debía conocerse ya lo había dicho el marxismo o alguien más, y que necesario era aplicar esos conocimientos sobre el cambio social y la revolución. La postura de Fals Borda introducía la duda, el interrogante sobre lo que se sabía sobre la sociedad, rescataba la ignorancia, la falta de saber, y por eso era necesario investigar. Pero ese investigar podía ser en sí mismo un acto político. En el llamado que escribió para el primer encuentro mundial de investigación-acción que tuvo lugar en Cartagena de Indias en abril de 1977, lo expresaba claramente:

Existe la necesidad de definir, con claridad, la naturaleza de las relaciones entre teoría y práctica, en efecto las que hay entre pensamiento y realidad. Este difícil problema epistemológico es una de las constantes en la historia de la ciencia. Puede que nunca se resuelva. No obstante, su recurrencia histórica es sintomática, y hoy es índice elocuente de la forma intensa como los problemas contemporáneos están afectando a toda la humanidad. La reaparición de la investigación activa y militante en estos momentos lleva consigo un desafío muy especial: es demostrar que el compromiso personal y la militancia política a favor del cambio radical pueden ser, en sí mismas, tareas científicas serias (Fals Borda, 1978:3).

Tuve la dicha de asistir a este evento y recuerdo con claridad que existía un firme deseo de hacer investigación científica seria, tanto como de cumplir con el compromiso político; pero la investigación no era una excusa. Era que se consideraba sinceramente que había muchas lagunas en el saber. El tiempo y las derrotas políticas fueron mostrando que las lagunas eran grandes mares que se debían atravesar para poder entender estas sociedades y sus luchas populares.

c) En una posición intermedia podemos encontrar el tipo de práctica que formuló A. Touraine y que denominó 'intervención sociológica' (Touraine, 1978). Se trataba sin lugar a dudas de un compromiso político de apoyo a los movimientos sociales que se encontraban en eclosión en Europa: los movimientos estudiantiles, los ecológicos, los nuevos sindicatos. Pero, a diferencia de la práctica que surge en América Latina, tenía en Francia menos seguridades ideológicas y posiciones políticas más diversas, pues se trataba también de subvertir la dominación de los partidos comunistas y del poder en las sociedades de tipo soviético. La propuesta era investigar estos movimientos y fomentar su concientización y mejor organización a partir de los aportes y resultados del trabajo del sociólogo. Las recomendaciones y consejos pueden resultar simplistas y quizá ingenuos a los ojos de hoy en día, pero la propuesta tenía un valor importante en ese momento pues halaba la sociología hacia el terreno para pretender hacer algo más que investigación pura. P.H. Chombart de Lauwe había estado propulsando un compromiso similar; de origen noble, había decidido irse a vivir en una zona de viviendas de obreros mucho antes que fuera moda. Sostuvo la idea humanista del compromiso con los pobres desde la perspectiva de la investigación y nos la transmitió a muchos de sus alumnos y amigos; quizá lo hizo con menos refinamiento teórico y menos alharaca que otros, pues, desde su posición de cristiano, tenía mucho menos eco su voz en unos tiempos controlados por el marxismo, pero con una gran persistencia que duró hasta al final de su vida (Chombart de Lauwe, 1998).

En esta postura intermedia también pudiéramos ubicar lo que en la práctica llegó a ser la investigación-acción impulsada por Fals Borda. La idea se difundió y caló en rincones diversos de la tierra, con gente comprometida con el cambio social, pero sin formar parte de movimientos políticos radicales ni poderosos. Podemos decir que se trataba de una manera 'soft' de aplicar la investigación-acción; en algunos casos con movimientos de base que propulsaban los microcambios sociales, en otros con un trabajo más académico, pero sin llegar a tener la distancia académica del primer modelo antes des-

crito. Y, si deseamos continuar con esta lista, aquí también pudiéramos ubicar lo que en sus inicios fue la educación popular formulada por P. Freire (1970), en sus primeros tiempos de Brasil y Chile. Nos referimos a la práctica original que se aplicó en los años sesenta, cuando aún su pensamiento no había sido descafeinado por la academia y los maestros, y se trataba todavía de hacer alfabetización popular y concientización. En ese momento la investigación era fundamental para poder establecer los 'temas generadores' y así preparar los programas de enseñanza; para de esta manera cumplir con el compromiso político. Pero era hacer política investigando e interviniendo a los propios actores del proceso con los resultados de la investigación sobre cultura popular. El compromiso político no era algo distinto de la práctica educativa por la cual se devolvían los saberes a la comunidad para hacer a los individuos sujetos de su propio saber, para aumentar la confianza en sí mismos y extroyectar la dominación, la subordinación y el antiguo menosprecio por sí mismos, al concientizarse como creadores de cultura y sujetos de su historia.

Veinte años después del seminario de Cartagena, en 1997, Fals Borda nos volvió a convocar para un reencuentro. Los tiempos ya eran otros. Ciertamente ni los pobres ni la miseria del mundo se había aminorado, quizá es posible decir que la desigualdad y la injusticia habían aumentado, que el imperialismo gozaba de buena salud y que los valores que habían dado origen al movimiento, también se mantenían intactos; pero la forma de entender el compromiso y la relación entre la práctica sociológica y la política se había transformado. Wallerstein, quien asistió al segundo encuentro de Cartagena no al primero, reflejaba poco después estas dudas en su última carta como presidente de la Asociación Internacional de Sociología:

Ha habido dos respuestas clásicas del mundo académico. Algunos han optado por un compromiso político abierto (con cualquier lado del espectro político)... otros han pretendido retirarse del combate e intentando seguir un camino que decían era exclusivamente 'científico', sin temer ni favorecer a los combatientes políticos... Hoy, cada vez más, hay muchos que se sienten incómodos con cualquiera de estas clásicas respuestas. Creen, por un lado, que su papel no es ser portavoz de proyectos políticos que siempre cambian, ni de los poderosos del mundo ni de los movimientos sociales en oposición a los poderosos. Pero también dudan que sea realmente posible retirarse del combate y permanecer por encima de él, de que exista un saber verdaderamente libre de valores, de que el saber sea siempre para algo, o al menos siempre usado para algo, y de que ese algo sea

finalmente algo político (Wallerstein, 1998:99)

No hay manera de salirse del combate, no hay manera ética de olvidarse de la miseria ni del sufrimiento humano, ni de las injusticias con los viejos ni de los sueños de los niños sin escuela. No hay manera de ser sociólogo sin tener por delante los dolores e ilusiones de nuestro prójimo. Como una pregunta incisiva y persistente, torpedera de las burbujas de cristal burocráticas, dinamitera de las torres de marfil académicas, está allí: ¿para qué sirve la sociología?

Dos roles importantes pueden establecerse: la sociología crítica y la sociología construye. El primero es un rol crítico de la sociedad realmente existente y de los postulados que se hacen para transformar esa sociedad. La sociología hace preguntas incómodas y esenciales a la sociedad. En ese sentido la sociología debe ir alumbrando el camino y para ello debe procurar comprender el sentido de las acciones de los individuos y mostrar los efectos indeseados que los agregados de comportamientos individuales o las políticas institucionales puedan crear. El rol crítico nunca debe perderse en la sociología, es su distancia intelectual luego de tanta cercanía con la empiria, pues, para emitir juicios, es necesario comprender las dinámicas sociales, pero no dejarse embaucar en ellas.

La sociología también debe contribuir a encontrar el camino de salida de los problemas. No digamos pretenciosamente que aportar soluciones, pero, al menos, ser parte de la búsqueda de las mismas. Y si los caminos no existen, afanarse en construirlos. La sociología está en la obligación de responder las demandas de la sociedad. La sociología no puede andar por las ciencias haciendo como esos sordos que nos refiere I. Berlin (1998), quienes se la pasan contestando preguntas que nadie les hace. Debe responder las preguntas que la sociedad hace como problemas. El rol crítico obliga a formular las preguntas, el rol constructivo a trasnocharse por responderlas. Responder a la sociedad puede querer decir a los sectores de poder o los sectores que están contra el poder, la escogencia de uno u otro bando es un asunto de la decisión individual del sociólogo, pero la obligación de dar respuesta es un asunto de la sociología. En 1988, cuando terminaba la redacción de una larga experiencia de investigación e intervención sociológica que habíamos desarrollado en unas comunidades rurales sobre la vivienda pobre y la enfermedad de Chagas, escribí lo que considero todavía es nuestra posición al respecto:

Creemos que la sociología es útil y necesaria para comprender los lastres del pasado, los retos del presente y los caminos del futuro.

Para lograr esto, es menester una práctica sociológica enfrentada y comprometida con su sociedad y su tiempo. Dispuesta a llenarse los pies y las manos de barro. Deseosa de salir de las aulas y los cafés. Voluntariosa para inventar modos nuevos de trabajo, tomando lo rescatable de la tradición e inventando lo obligatoriamente inventable para poder asir la escurridiza realidad social. Y, por supuesto, preparada para aceptar los riesgos del fracaso que tiene cualquier actividad científica (Briceño-León, 1990).

Por compromiso entendemos entonces, de una manera amplia, el imperativo ético de hacer la sociología algo útil para construir unas relaciones sociales y unas condiciones sociales mejores. Y, de manera restringida, la opción individual del sociólogo de poner sus saberes e ignorancias en marcha para empujar el cambio social.

Conclusión

¿Qué pasaba entonces con el sociólogo africano? Creemos que hacía todo lo contrario a lo que hemos propuesto como camino para la sociología de este siglo que se inicia. En primer lugar no tenía nada de empiria, vivía en uno de los países más pobres de la tierra, pero no conocía las zonas donde habitan los pobres, ni su cotidianidad, ni mucho menos sus sueños o dramas. Tampoco estaba dispuesto a viajar a las zonas rurales donde debía llevarse a cabo el estudio y la posterior intervención. Luego, era dogmático sin ser apasionado, simplemente era monoparadigmático, había aprendido una teoría y consideraba que debía aplicarla a toda realidad que se le atravesase por delante y, cuando el molde no se ajustaba mucho a la realidad, no se atrevía a plantearse otras teorías, a ensayar otras respuestas. Uno tenía la impresión, por las vueltas que daba, que en el fondo creía que era la realidad la que estaba equivocada, no la teoría. Y, finalmente, no le interesaba resolver ningún problema, había hecho una tesis teórica en Francia y siempre encontraba un modo para hacer más complejo e inaccesible lo que se quería resolver. Estaba más preocupado por responder a la discusión erudita de moda en el Quartier Latin, que a los horribles estragos de esa dolorosa enfermedad. La verdad es que, recordándolo y resumiéndolo en la distancia, el prototipo no es muy distinto del existente por estos y otros lares.

La sociología debe ser científica y comprometida. Al menos es lo que estos tiempos demandan. La sociología puede usar mucho de la hermeneútica negativa que plantea Lakatos, en el sentido popperiano

de la falsación de las teorías, para intentar moldear los grandes temas de reflexión y discusión. Pero verdaderamente podrá avanzar en este momento sólo a partir de la utilización de la heurística positiva, es decir, de no intentar discutir las grandes teorías, muy valiosas o sugerentes, pero imposibles de refutar, sino de tomar las hipótesis derivadas de esas teorías como herramientas de trabajo (Lakatos, 1984). Esta propuesta es similar a la idea de las teorías de alcance medio que había sugerido Merton y que no tuvo la receptividad teórica que hubiera podido esperarse, aunque sí la aplicación real, pues habría que reconocer que las sociologías especializadas trabajan con teorías de alcance medio. Lo que proponemos es un programa para la sociología como ciencia que sea empírico, ecléctico y comprometido, en la manera como lo hemos intentado sustentar en las páginas anteriores. Y pensamos que es un programa en el sentido de Luhmann (1991) pues integra teoría, método y sentido de la realidad.

Y esta manera de hacer sociología debe procurar tener la claridad lingüística y expositiva como una de sus virtudes principales. Ciertamente no adecuado pensar que algo sea verdadero o más científico porque esté planteado de un modo comprensible, tampoco es más serio porque esté formulado de manera enrevesada. La claridad no es muestra de verdad, pero la jerga incomprensible sí puede ser señal de equivocación. O, a lo mejor, simplemente sucede algo similar a lo que decía Nietzsche hacían algunos filósofos: Obscurecían el agua para que el pozo pareciera más profundo.

Por años en nuestras oficinas y estaciones de trabajo en el campo, ha colgado una frase escrita por Martí en un viaje a Venezuela a fines del siglo pasado. Martí afirmaba que cuando se había nacido en un pueblo que no estaba a la altura de su época, era necesario ser a la vez una persona de su época y de su pueblo. Pero, decía después, si algún día era necesario escoger, debía de ser ante todo una persona de su pueblo. Ser de su época en sociología es asumir los caminos infinitos, laboriosos y técnicos de la ciencia, donde cada vez que conocemos más nos damos cuenta de lo pequeño que es nuestro saber y la inmensidad que tiene nuestra ignorancia. Ser de su pueblo es comprometerse con sus urgencias y sus sueños de largo aliento. A comienzos de los años cincuenta G. Celaya (1998) escribió un poema donde bien pudiéramos sustituir la palabra poesía por sociología, y aplicárnoslas nosotros mismos, en una de sus partes cantaba así:

*Poesía para el pobre, poesía necesaria
como el pan de cada día,
como el aire que exigimos trece veces por minuto
para ser y en cuanto somos dar un sí que glorifica*

*Porque vivimos a golpes, porque apenas si nos dejan
decir que somos quienes somos,
nuestros cantares no pueden ser sin pecado un adorno.
Estamos tocando fondo*

*Maldigo la poesía concebida como un lujo
cultural por los neutrales
que, lavándose las manos, se desentienden y evaden
maldigo la poesía de quien no toma partido hasta mancharse*

*Hago más las faltas. Siento en mí a cuantos sufren
y canto respirando.
Canto, y canto, y cantando más allá de mis penas
personales, me ensancho.*

*No es una poesía gota a gota pensada.
No es un bello producto. No es un fruto perfecto.
Es algo como el aire que respiramos
Y es el canto que espacia cuanto llevamos dentro*

Así habrá de ensancharse en este nuevo siglo una sociología plena de sociedad, múltiple en teoría y generosa en compromiso. Así podrá continuar siendo esa enfermedad contagiosa que fascina y ennoblece a tantos que se saben dentro del juego, pero cantan más allá de sus penas personales.

Bibliografía

ABOUHAMAD, J. (1972). Presentación, *Del mito a la ciencia* (Roland Barthes y Lucien Sebag, autores), pp. 5-8. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, División de Publicaciones.

AKINWOWO, A. (1988). Introduction, *International Sociology*, Vol. III, N° 2:155-160.

- AKIWOWO, A. (1991). La cuestión de una perspectiva sociológica distintiva del tercer mundo, **Sociología: unidad y diversidad** (Teresa González de la Fe, ed.), pp. 205-221. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- AKIWOWO, A. (1999). Indigenous Sociologies: extending the scope of the argument, **International Sociology**, Vol. XIV, N° 2:115-138.
- ALBORNOZ, O. (1992). **Sociology and the Third World perspective**. New Delhi: Wiley Eastern Limited.
- ALBROW, M. (1991). Las sociedades como hechos contruidos: el enfoque weberiano de la realidad social, **Sociología: unidad y diversidad** (Teresa González de la Fe, ed.), pp. 75-9. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- AMIN, S. (1989). **El eurocentrismo**. México, DF: Siglo XXI Editores.
- ANSART, P. (1967). **Les sociologies contemporaines**. Paris: Éditions du Seuil.
- BACHELARD, G. (1971). **Epistemología**. Barcelona, España: Editorial Anagrama.
- BACHELARD, G. (1972). **La formación del espíritu científico**. Buenos Aires: Siglo XXI Argentina Editores.
- BERGER, P. (1963). **Invitation to sociology**. New York: Anchor Books Doubleday.
- BORGES, J.L. (1960). Del rigor en la ciencia, **Obras Completas**. Barcelona, España: Emecé Editores, 1989.
- BERLIN, I. (1953). **Arbol que crece torcido**. México, DF: Editorial Vuelta, 1992.
- BERLIN, I. (1998). **El erizo y la zorra**. Barcelona, España: Muchnik Editores, S.A.
- BOUDON, R. (1971). **La crisis de la sociología**. Barcelona, España: Editorial Laia, S.A., 1974.
- BOUDON, R. (1979). **La logique du social**. Paris: Les Éditions Hachette Littérature.
- BOUDON, R. (1997). The Moral Sense, **International Sociology**, Vol. XII, N° 1:5-24.
- BOURDIE, P.; CHAMBOREDON, J.C. & PASSERON, J.C. (1975). **El oficio de sociólogo**. Buenos Aires: Siglo XXI Argentina Editores.
- BOURDIEU, P. (1979). **La distinction**. Paris: Les éditions de Minuit.
- BOURDIEU, P. (1980). **Questions de sociologie**. Paris: Les éditions de minuit.
- BRICEÑO GUERRERO, J.M. (1980). **Discurso Salvaje**. Caracas: Fundarte.
- BRICEÑO-LEÓN, R. (1990). **La casa enferma**. Caracas: Acta Científica Venezolana/Ediciones Capriles.

- BRICEÑO-LEÓN, R. (1991). **Los efectos perversos del petróleo**. Caracas: Acta Científica Venezolana/Ediciones Capriles.
- BRICEÑO-LEÓN, R. & H.R. SONNTAG (1998). La sociología de América Latina entre pueblo, época y desarrollo, **Pueblo, época y desarrollo: la sociología de América Latina** (Roberto Briceño-León y Heinz R. Sonntag, eds.), pp. 11-26. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.
- BRICEÑO-LEÓN, R. & H.R. SONNTAG (1999). La ciencia social y América Latina: La promesa por cumplir, **El legado de la sociología. La promesa de las ciencias sociales** (Roberto Briceño-León y Heinz R. Sonntag, eds.), pp. 105-116. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.
- BRICEÑO-LEÓN, R. (1992). **Venezuela: clases sociales e individuos**. Caracas, Acta Científica Venezolana/Ediciones Capriles.:224
- CATAÑO, G. (1995). **La artesanía intelectual**. Bogotá: Editores Colombia, S.A.
- CELAYA, G. (1998). **Poesía urgente**. Buenos Aires: Editorial Losada.
- CUEVAS, A. (1988). Reflexiones sobre la sociología latinoamericana, **La teoría social Latinoamericana** (Ruy Mauro Marini y Mária Millan, comps.), pp. 379-397. México, DF: Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.
- CHOMBART DE LAUWE, P.-H. (1996). **Un anthropologue dans le siècle**. Paris: Descartes & Cie.
- ELSTER, J. (1982). Marxism, functionalism, and game theory: the case for methodological individualism, **Theory and society**, Vol. XI, N° 4:453-482.
- FALS BORDA, O. (1978). **Crítica y política en ciencias sociales**. Bogotá: Editorial Punta de Lanza.
- FREIRE, P. (1970). **La Pedagogía del Oprimido**. Montevideo: Tierra Nueva.
- FREUD, S. (1917). Recuerdo, repetición y elaboración, **Obras Completas II de Sigmund Freud**. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 1973.
- GIDDENS, A. (1974). **Positivism and sociology**. London: Gower Publishing Company Limited.
- GIDDENS, A. (1982). Some recent studies in class consciousness, **Theory and society**, Vol. XI, N° 4:541-554.
- GINER, S. (1991) Una incierta victoria: la inteligencia sociológica, **Sociología: unidad y diversidad** (Teresa González de la Fe, ed.). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- GONZÁLEZ CASANOVA, P. (1969) La nueva sociología y la crisis de América Latina, **La Sociología subdesarrollante** (André Gunder Frank et al.), pp. 175-198. Montevideo: Editorial Aportes.

- GONZÁLEZ CASANOVA, P. (1969). **Sociología de la explotación**. México, DF: Siglo XXI Editores.
- GONZÁLEZ CASANOVA, P. (1998). Reestructuración de las ciencias sociales: hacia un nuevo paradigma, **Pueblo, época y desarrollo: la sociología de América Latina** (Roberto Briceño-León y Heinz R. Sonntag, eds.), pp. 135-152. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.
- HOON LEE, S.U. (1996). Sociology from an East Asia perspective, **Social knowledge: Heritage, Challenges, Perspectives** (María Luz Morán, ed.), pp. 9-24. Montreal: International Sociological Association.
- HOROWITZ, I. (1994). **The descomposition of sociology**. New York: Oxford University Press.
- LACAN, J. (1971). **Lectura estructuralista de Freud**. México, DF: Siglo XXI Editores.
- LAKATOS, I. (1984). **The methodology of Scientific Research Programmes**. Cambridge: Cambridge University Press.
- LANDER, E. (1998). Eurocentrismo y colonialismo en el pensamiento social latinoamericano, **Pueblo, época y desarrollo: la sociología de América Latina** (Roberto Briceño-León y Heinz R. Sonntag, eds.), pp. 87-96. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.
- LUHMANN, N. (1991) **Sistemas sociales: lineamientos para una teoría general**. México, DF: Alianza/ Universidad Iberoamericana.
- MARX, C. (1867). **El Capital, crítica de la economía política**. México, DF: Fondo de Cultura Económica, 1968.
- MERTON, R. (1949). **Teoría y estructura sociales**. México, DF: Fondo de Cultura Económica, 1965.
- OLSON, M. (1965). **The logic of collective action: public goods and the theory of groups**. Harvard: Harvard University Press.
- POPPER, K. (1934). **La lógica de la investigación científica**. Madrid: Editorial Tecnos, 1977.
- POPPER, K. (1969) **La lógica de las ciencias sociales**, La lógica de las ciencias sociales (Adolfo Sánchez Vázquez, coord.), pp. 9-28. México, DF: Editorial Grijalbo, 1978.
- QUIJANO, A. (1998). La colonialidad del poder y la experiencia cultural latinoamericana, **Pueblo, época y desarrollo: la sociología de América Latina** (Roberto Briceño-León y Heinz R. Sonntag, eds.), pp. 27-38. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.
- SALGADO, S. (1999). **Outras Américas**. Sao Paulo: Companhia das Letras.
- SONNTAG, H.R. (1988). **Duda/Certeza/Crisis: la evolución de las ciencias sociales en América Latina**. Caracas: UNESCO/ Nueva Sociedad
- TOURAINÉ, A. (1974). **Introducción a la sociología**. Barcelona, España: Editorial Ariel.

TOURAINÉ, A. (1978). *La voix et le regard*. Paris: éditions du Seuil.

WALLERSTEIN, I. (1996). *Abrir las ciencias sociales*. México, DF: siglo XXI Editores.

WEBER, M. (1913). *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1973.

WEBER, M. (1922) *Economía y Sociedad*. México, DF: Fondo de Cultura Económica, 1977.

FERMENTUM, Número 22.

I.- Tema Central. La investigación social en salud. 1.- La investigación social en salud. **Jesús E. Canelón Pérez.**

2.-El Poder de Proporcionar Salud (PPS). **Fernando Lefevre.**

3.-¿Cuánto y qué saben los médicos acerca de la lepra?. **Alexis Romero Salazar.**

4.- Representaciones sociales de madres, médicos pediatras y enfermeras sobre el niño pre-escolar y su salud: un estudio de caso. **Milagros García Cardona.**

5.- Las representaciones sociales de la diarrea: un estudio de caso. **Jesús E. Canelón Pérez.**

6.- Recursos institucionales en salud y el "habitus" de los grupos poblacionales receptores. El caso del Programa Nacional de Erradicación del Aedes Aegypti en el Brasil.

Marcia Faria Westphal, María Cecilia Focesi Pelicioni y Mara de Mello Faria.

II. Apoyo Metodológico. Una experiencia de Educación Popular en el Movimiento de Salud de la Zona Este de Sao Paulo. Brasil. **Claudia María Bógus y Marcia Faria Westphal.**

III.- Reseñas. Reseña de eventos científicos y cursos de post-grado.

FERMENTUM, Número 21.

- I.- Tema Central. El quehacer e la Sociología en tiempos de crisis. 1.- El quehacer de la Sociología en tiempos de crisis. **Carmen Teresa García.** 2.-El desafío de la Sociología ante el proceso de globalización. **Maricarmen Pérez.** 3.- Venezuela: Estado, acumulación y estructura de poder ante la apertura internacional. **Andrés Rojas.** 4.- Factores asociados al endeudamiento público en Venezuela. **Jorge López Palma.** 5.- La historia de las organizaciones de base en los barrios populares de Mérida. En el contexto de consolidación democrática y urbanización reciente (1958-1980). **María Inés de Padrón.** 6.- La memoria y visión de los jóvenes en El Cobre (Estado Táchira, Venezuela). **Otto Rosales Cárdenas.**
- II. Explorando la ciudad. Línea de pobreza y concentración del ingreso en Mérida. **Marío Murua Saavedra y Adelis Graterol Urbina.**